



Tzintzun. Revista de Estudios Históricos

ISSN: 1870-719X

tzintzun@jupiter.umich.mx

Universidad Michoacana de San Nicolás de
Hidalgo
México

Martínez Ayala, Jorge Amós

Por la orillita del río y hasta panamá. región, historia y etnicidad en la lírica tradicional de las
haciendas de la huacana y zacatula.

Tzintzun. Revista de Estudios Históricos, núm. 46, julio-diciembre, 2007, pp. 13-38

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Morelia, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89804601>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

POR LA ORILLITA DEL RÍO... Y HASTA PANAMÁ. REGIÓN, HISTORIA Y ETNICIDAD EN LA LÍRICA TRADICIONAL DE LAS HACIENDAS DE LA HUACANA Y ZACATULA.



Jorge Amós Martínez Ayala

R E S U M E N

Este artículo tiene como objetivo estudiar la lírica tradicional que floreció durante el periodo colonial al interior de una amplia región cultural ubicada entre los actuales estados de Michoacán y Guerrero, en la Tierra Caliente, en los márgenes del río Balsas. En esta región, donde la tierra se concentró en pocas manos, destacaron por su extensión las haciendas de La Huacana y Zacatula. En ellas las vías de comunicación fueron escasas, al igual que la población. La actividad ganadera fue el modo de vida del que participó la mayoría: indios y esclavos negros, mestizos y castas. Las relaciones interétnicas estuvieron cruzadas por relaciones de compadrazgo que marcaron el dominio del hacendado respecto a sus peones. En ese contexto la fiesta representó un microcosmos social recompuesto, donde las distinciones entre blancos, negros, indios y chinos, fueron sujetas a una nueva valoración: el saber tocar, bailar, cantar y versificar fue fundamental para hacerse de lugar en la fiesta.


PALABRAS CLAVE: *Música regional michoacana, etnicidad, lírica, La Huacana, Zacatula.*



Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Correo electrónico: mulatomex@yahoo.com

TZINTZUN • Revista de Estudios Históricos • N° 46 • julio-diciembre de 2007 • ISSN 1870719X



 **P**or el cause del río de las Balsas, a fuerza de remos y sudor, trepados en los “barcos”, navegaron río arriba y río abajo sones y coplas para darle al *gusto remao*.

¡Ándale chinita rema!
Rema y vamos andando
¡Ándale chinita rema!
A remar para La Unión...¹

y más para allá, si le hacemos caso a la tradición oral, hasta llegar a Colima.

La música y los músicos caminaban días para ir de las fiestas de la Virgen de la Candelaria en Acahuato, o en San Lucas, el 2 de febrero, hasta el Miércoles de Ceniza en Carácuaro y Petatlán. Del Plan al Balsas y de ahí a la Costa y vuelta pa'trás. Cruzaban ríos caudalosos y sierras ásperas llenas de barrancos y voladeros; unos a lomo de bestia, los más *en el carro de San Fernando, un ratito a pie y otro andando*. Todavía no existía la república y mucho menos el estado de Guerrero; a la tierra la dominaban el señor obispo en Valladolid y la oligarquía de vascos que residían en Pátzcuaro.

Aunque lejanas en lo geográfico, esas dos regiones, la del Plan de Tierra Caliente y la depresión del Balsas compartieron en el pasado más de lo que podemos apreciar ahora; similitudes en el repertorio e instrumentación; zambas, malagueñas, indias, sones y gustos se escuchaban con violines y arpas por el Balsas y sus afluentes hasta la Costa.

¹ Conjunto de Juan Reynoso, “La rema”, en: *Antología del son de México*, Vol. 1, México, Corazón, 1985, MTCD01. También en: Alma de Apatzingán, “San Juan Huetamo”, *Solo el que carga el morral...*, Los Ángeles California, Sigala Records, 1998, SGL-019, CD. Los caporales de Santa Ana Amatlán, “San Juan Huetamo (gusto)”, *Sones, jarabes y valonas de la Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado, Proyecto Tepalcatepec, 2003, CD.

El arpa con su ventruda panza de antiguo galeón acompañaba a los músicos que bajaban por el Tepalcatepec, desde el valle de Jilotlán de los Dolores, en la zona mariachera -que aún no pertenecía a la Nueva Galicia-, hasta Zicuirán:

Dime como te llamas para decirte
¡Zamba! ¡ay! ¡que le da!
Mariquita me llamo, para servirle
y esa es la verdad.²

Ese *zamba ay que le da* era cantado por los pardos del Plan, con *el gusto apatzingareño* para jalarle duro a los bordones y cachetear con las manos sobre el cajón del arpa. También estaba presente en los sones de Tixtla, de la Costa Grande y Chica, que dicen los que saben, llegó por Acapulco y hasta Panamá procedente del sur, de la zamacueca del virreinato del Perú. En estas “hojas de papel volando” vamos a decir que es probable que sea nuestra, si no en el nombre, en todo lo demás.

Ya en el río, la música tocada con arpa subía por Churumuco hasta Ajuchitlán, al Corral Falso de donde salió Juan Bartolo Tavira para recorrer la otra Tierra Caliente, la del Balsas medio.³ Este legendario músico tocaba el arpa para acompañar el *San Agustín* y otros géneros; pero no era el único. En los años 20, Concha Michel escuchó en Huetamo a un grupo de músicos con una instrumentación interesante, se trataba de un “arpa chiquita” que se tocaba en compañía del arpa grande y de dos violines.⁴ Aunque sabemos que muchos conjuntos de arpa grande iban a tocar el Miércoles de Ceniza a Carácuaro, no se trataba de un grupo importado del Plan de Tierra Caliente, pues interpretaron un son llamado *El barranco*, el cual dice en una de sus estrofas:

² Mariachi Reyes de El Aserradero, Zapotiltic, Jalisco, “La zamba”, en: *El son del sur de Jalisco*, 4ª Ed., Vol. 1, México, CONACULTA/INAH/Ediciones pentagrama, 2002 (1976), CD. Los hermanos Gaspar de Las Cruces, Mich., “El guayme”, en: *Sones Michoacanos*, Uruapan, Alborada Records, 1999, CDIM2065, CD.

³ Espinosa Quiróz, José, *Juan Bartolo Tavira (coplas)*, Cd. Altamirano, Ayuntamiento Municipal de Pungarabato, 1999, p. 6.

⁴ Michel, Concha, *México en sus cantares*, Morelia, FONCA/INI/IMC, 1997, p. 60.

Tenemos que madrugar,
para llegar a Huetamo
y antes de misa rezada
agarrar buena posada.⁵

Mismo que, como vemos, hace referencia a la otra vertiente de la Tierra Caliente (la depresión del Balsas). Para nuestra fortuna existe la transcripción musical y ahí podrán los etnomusicólogos buscar otros argumentos.

El arpa “chiquita” era usada para tocar los jarabes en los Balcones que miran a la Tierra Caliente, por esa razón también se le llamaba “arpa jarabera”. Don Vicente Murillo, un gran violinista, intérprete de jarabes, oriundo de esas laderas, la vio en su juventud, en compañía de una “armonía”, dos violines y un “chelito”.⁶ Versión confirmada por don Leandro Corona, legendario violinista del conjunto de arpa grande de don Antioco Garibay, nacido en los balcones de Ario de Rosales, en Urapa para más señas, y vecindado en Zicuirán, municipio de la Huacana; su padre tocaba el violín junto con un arpa jarabera que pulsaba su hermano.⁷

El arpa jarabera hace mucho tiempo que desapareció de la música tradicional de la Tierra Caliente, de la misma manera que los jarabes han ido perdiendo variantes en los valles de tierras abajo, aunque se mantienen en Los Balcones de la sierra. Hace poco menos de medio siglo que las carreteras sustituyeron a las balsas, con ello, *las remas* que servían como cantos de trabajo para coordinar esfuerzos entre los barqueros perdieron su contexto y quedaron expuestas al olvido. Cada vez escuchamos menos que se canten en las fiestas de los poblados a las orillas de un Balsas disminuido, contenido por la construcción de la gran represa de Infiernillo.

El Estado mexicano soñó el siglo antepasado con volver navegable el río, convertirlo en nuestro “canal de Panamá”, para ello

⁵ *Ibid.*, “El barranco”, p. 64.

⁶ Entrevista a don Vicente Murillo Barajas, violinista, 72 años, El Capote, Mpio. de Turicato, 30 de noviembre de 2003.

⁷ Entrevista con don Leandro Corona, violinista, 98 años, Zicuirán, Mpio. de La Huacana, 26 de febrero de 2004 y 27 de febrero de 2005.

trazó una línea férrea que llegaba a una estación con el nombre de Balsas.⁸ De ahí partían “barcos” que, a fuerza de remos y sudor, llegaban hasta Zacatula, mientras “los remeros canta[ba]n canciones picarescas”.

Ándale, mi vida rema:
remando como te enseño,
a nadie le abras la puerta
sólo a mi, que soy tu dueño,
me das un beso tronado
con ese pico risueño.
Ándale, mi vida, rema;
remando y tú para encima:
de Coyuca para abajo
hasta llegar a Colima.⁹

Un gringo que viajó en los años treinta por “barco” desde el Balsas hasta Pungarabato, ahora Ciudad Altamirano, nos cuenta que junto a él iban: indios de Tetela, tratantes de ajonjolí, “un pobre doctor” español, gente de Tierra Caliente a quienes insiste en ver como “máscaras” aztecas y “un negro larguirucho de la costa” con su hijo.¹⁰ ¿De verdad sería de la Costa?

El recorrido hasta el litoral del Pacífico tuvo diversos motivos, aunque ya a mediados del siglo pasado sólo lo hacían los terralenteños para ver al señor de Petatlán, y después de la devoción, como dice el gusto, “sólo que la mar se seque no me bañaré en sus olas”.¹¹

De más antes

La historia comienza con el capitán Diego González de Loys en el siglo XVII, quien era un capitán criollo residente en Pátzcuaro, señor

⁸Uribe Salas, José Alfredo y Eduardo Miranda Arrieta, *Las utopías del Balsas. Historias de una propuesta regional de comunicación interoceánica*, Morelia, UMSNH, 1995.

⁹ Parra Santaolaya, Estefano, *Tierra Caliente cuentos, leyendas, fábulas, cantares y poesía*, 2ª, Morelia, Gobierno del Estado, 1967, p. 112.

¹⁰ Spratling, William, *México tras lomita*, México, Diana, 1999, pp. 129-149.

¹¹ Gusto tradicional.

de haciendas y hombres, tenía tierra desde Petatlán hasta Zacatula y de la playa hasta Sinagua por las dos márgenes del Balsas. Ese pedazo de tierra, que pelearon Michoacán y Guerrero hasta la segunda década del siglo XX, era de un solo hombre. Comerciaaba con telas que traían las naos de Acapulco, y que acaparaba en Petatlán, para subirlas al Bajío y venderlas en el occidente. Es muy probable que el “vestido de cola que le arrastraba a la zamba Amalia” y “el zapatito de raso que le apretaba” a *la negrita* fueran mercancías que Ambrosio de Vargas vendía en la tienda de Petatlán y que llevaba Juan Muñoz desde Acapulco, en una red que iba a lo largo del Camino Real de Acapulco a Valladolid, del Puerto -lo que ahora llamamos la Costa Grande y que en el pasado era la alcaldía de Zacatula-, a la Tierra Caliente (el corregimiento de Sinagua-La Huacana), por las laderas de Los Balcones de Uruapan, Taretan y Ario, hasta la Tierra Fría de Pátzcuaro y el Bajío de Valladolid.¹²

La hacienda, o mejor dicho, las haciendas tenían ranchos y dependencias que iban de la Hacienda de Buenos Aires (próxima a Zacatula) hasta las de Tamaloacán en la sierra, El Rosario, San Cristobal y Toluquilla (en los actuales municipios de Arteaga, Michoacán, y Coahuayutla, Guerrero), y los ranchos de Zicuirán (municipio de La Huacana, Michoacán) hasta colindar con el viejo pueblo de indios de Sinagua.

Era difícil encontrar trabajadores y los que había eran sujetados con deudas y artimañas que sólo dejaban como posibilidad la huída; así informa el 24 de mayo de 1668 el mayordomo Diego Juárez al administrador sobre Sebastián Salgado, quien: “por el día de San Nicolás no amaneció en la hacienda con su mujer e hijos, con todos sus trastos; que juzgo que vinieron todos sus cuñados por él, yo fui a ver si lo podía alcanzar pero no pude”.¹³

¹² La reconstrucción se basa en una serie de cartas entre las personas enunciadas escritas entre 1653-1673 que se haya en el Archivo Histórico “Manuel Castañeda Ramírez” (AHMCR) Fondo Diocesano, Serie Correspondencia, Autoridades civiles, Civiles caja 2 con varios expedientes 1, 3, 6, 7, 8, 9, 10, 13, 14, 18, 24, 25, 26. Cartas desde 1653-1673.

¹³ AHMCR Diocesano, Serie Correspondencia, Autoridades civiles, Civiles caja 2, Exp. 18, 24 de mayo de 1668. Diego Xuarez a Ambrosio de Vargas.

Aún cuando el vaquero lograra huir, la extensión del terreno y la propiedad en manos de un sólo dueño con numerosos agentes permitían la rápida ubicación y captura para volverlo al redil. Otra vez Diego Juárez informa: “...el cojo esta desterrado en Zacatula; Agustín Donoso lo hallé, que se yo, lo haré trabajar en lo que se ofreciere en ésta hacienda o le quitaré la silla”.¹⁴

En esta vasta extensión de tierra había poca población y muy diversa, fuera de la “villa de españoles” de Zacatula, de Petatlán, y de los pueblos indios de Churumuco, Coahuayutla y Sinagua. La gente que vaqueaba en las haciendas, estancias y ranchos era mezcla de indios, negros y españoles en todos los tonos posibles: desde el “indio medio lobo” hasta el “negro”, con algún “chino” asiático. No pocos eran esclavos negros.

Lamentablemente sólo contamos con dos documentos para darnos una idea de cómo se conducían las haciendas del capitán: un “cuaderno de cargo y descargo” y una “memoria del gasto”. En ambas aparecen referencias al pago de tributo por los esclavos, la necesidad de proveerse de mano de obra esclava para las haciendas y cuentas de algunos vaqueros: la mayoría lobos y mulatos, pues los indios laboraban en las sementeras que proveían de alimento al ganado en la temporada de “secas”, la cual no es benigna en Tierra Caliente.

El capitán Diego González de Loys fue dueño hasta su muerte de la hacienda. Mientras pudo viajó de Acapulco a la ciudad de México siguiendo el derrotero de sus posesiones y relaciones comerciales, que también lo fueron espirituales. Evitaba el calor en Pátzcuaro y bajaba de diciembre a marzo cuando arribaban las naos. A partir de 1663 lo sucedió doña Marta Sendejas, quien a veces firmaba Basconcelos, dueña de la hacienda de Guaracha donde tenía un gran número de esclavos; en 1670 llevó a un negro esclavo como mayordomo o caporal para El Rosario.

En esas dilatadas regiones con muy pocos españoles no se podía evitar alternar vida y trabajos con las castas; tal vez por ello se

¹⁴ AHMCR, Diocesano, Serie Correspondencia, Autoridades civiles, Civiles caja 2, Exp. 8, 10 de agosto de 1667. Diego Xuarez a Ambrosio de Vargas.

implementó el parentesco ritual (compadrazgo/padrinazgo) como regulador de las relaciones sociales entre los estamentos sociales. El capitán era compadre de su administrador español residente en Petatlán, Ambrosio de Vargas, y padrino de su caporal, Miguel Hernández, mulato residente en El Rosario. A su vez Ambrosio de Vargas era padrino de velación de Miguel Hernández. El comedimiento con que se tratan en las cartas rebela cuanta importancia le daban a este sistema de señor/allegado.

Así, González de Loys pudo manejar posesiones que iban a lo largo del Camino Real, de la Costa a la Tierra Caliente, sujetando a individuos en una región a la que no entraban ni el poder de la Corona con sus alcaldes, ni el de la Iglesia con sus curas.

nombre	casta	Lugar de residencia	Actividad	Vínculo
Bartolomé de Samacona	español	Valladolid	Agente con tienda	
Martín de Espinoza	español	Valladolid	Sacerdote preceptor de los sobrinos	Amigo
Toribio del Rivero	español	Pátzcuaro	Socio con tienda	Compadre
Capitán Diego González de Loys	español	Pátzcuaro/México	Propietario y comerciante (1653-1663)	
Doña Marta de Basconcelos	española	Pátzcuaro	Propietaria (1663-1672)	¿Esposa?
Luis de Salcedo	¿español?	El Rosario, Coahuayutla	Administrador de la hacienda	
Diego de la Serna	español	El Rosario, Coahuayutla	Mayordomo de la hacienda antes caporal de San Bartolomé (1661)	
Diego Juárez de Grimaldos	español	El Rosario, Coahuayutla	Mayordomo de la hacienda (1669- 1670)	
“Negro caporal o mayordomo”	negro	El Rosario, Coahuayutla	Mayordomo de la hacienda (1670)	Esclavo
Miguel Hernández	mulato libre	El Rosario, Coahuayutla	caporal de la hacienda	Ahijado
Francisco López de Elizaga	¿español?	La Presentación	caporal de la hacienda	

A la muerte de Loys el latifundio pasó a manos de la familia Salceda, poseedores de la hacienda de Guaracha, tal vez por

intermediación de doña Marta, y lo conservaron durante el siglo XVIII. A principios del siglo XIX el coronel Francisco de Menocal contrajo nupcias con una hija del también coronel Pedro Antonio de Salceda, al fallecer éste, heredó las grandes propiedades de La Huacana y Sinuahua. Salceda se había anexionado ilícitamente terrenos realengos y de comunidades indígenas cuando fue jefe de la defensa de la Costa y algo similar sucedió con Menocal, corregidor y alcalde mayor de Tancitaro, Pinzádaro, Ario y Motines.¹⁵ Las haciendas de los Menocal de Pátzcuaro corrían por todo el Distrito de Ario hasta llegar a la Costa, incluso crecieron al casarse doña María Concepción Menocal y Solórzano con don Agustín Luna, dueño de haciendas en Santa Clara del Cobre y Nuevo Urecho; sin embargo, el gran latifundio sólo se mantuvo 50 años, pues a fines del siglo XIX empezó a desmembrarse.¹⁶

Hasta aquí nos ocuparemos de los criollos que formaban una elite bastante reducida por su número. A fines del siglo XVII la población de la región era la siguiente: en Sinagua 35 personas catalogadas como indios, un español, 20 mestizos y un mulato libre, en Churumuco 114 indios, y en las haciendas: 19 indios, dos españoles, 13 mestizos, un negro libre; 16 esclavos negros, 21 mulatos libres y dos esclavos, la mayoría en la hacienda de los jesuitas de Pátzcuaro (llamada Tzinagua), la de Zicuirán y la hacienda de azúcar del Jorullo. En Zacatula había 24 de los llamados indios y 6 españoles; en Cuahuayutla 88 indígenas y ningún español.¹⁷

Para cubrir el arco iris dérmico diremos que más al sur, en la misma provincia de Zacatula había sólo dos pueblos: Tecpan, donde vivían 230 personas indias, y Atoyac con 257 indios, con 16 familias de españoles y 8 solteros “que no tienen asiento seguro, que entran y

¹⁵ Ochoa Serrano, Álvaro, *Jiquilpan-Huanimban. Una historia confinada*, Morelia, IMC/Morevallado, 1999, pp. 50-51. Raúl Arreola Cortés, *Coalcomán*, “Monografías municipales”, Morelia, Gobierno del estado de Michoacán, 1980, p. 176.

¹⁶ Sánchez, Gerardo, *El suroeste de Michoacán: Economía y Sociedad 1852-1910*, Morelia, UMSNH, 1988, pp. 92-95.

¹⁷ Carrillo Cázares, Alberto, *Partidos y padrones del obispado de Michoacán 1680-1685*, Zamora, El Colegio de Michoacán - Gobierno del Estado, 1996, pp. 310-315.

salen”, 50 mulatos solteros y casados dispersos “y otros tantos chinos, que se quedan de las naos de Phelipinas, algunos casados...y lo restante a las ochocientas personas (unas 125 personas) de dicha pheligresia, son esclavos y esclavas de dichas haziendas”.¹⁸

Mientras más al sur se iba, más pardeaba la población. La mayoría de las haciendas tenía población afrodescendiente; para darnos una idea de cómo estaban constituidos los moradores que vaqueaba en las estancias de ganado mayor hagamos un recorrido breve de norte a sur y de este a oeste. En el rancho de Zicuirán, de don Nicolás de Saucedo, vivían: Nicolás Calderón, mulato libre casado con María, mestiza; Nicolás Hernández, lobo, casado con Nicolaza, mestiza y Juan Diego, indio, casado con Marta, esclava.¹⁹

En la hacienda de Churumuco de Cristóbal de Trujillo, español casado y vecino de Pátzcuaro, los vaqueros eran:

Juan Madaleno, mulato libre, casado y cuya mujer “dice ha muchos años se le huyó”.

Tomas Martín y su mujer Juana de la Crus, ambos mulatos libres.

Melchor Madaleno, mulato libre, soltero.

Pedro Esteban y Clara su mujer, ambos indios.

Al pasar el río Balsas
me quise desvanecer,
arbolito del camino
que buena sombra teneís.²⁰

La hacienda de los padres de la Compañía de Jesús del Colegio de Pátzcuaro, situada al otro lado del río Balsas, tenía:

por mayordomo a Alonso Mendes, español, casado y vecino de Pátzcuaro.

El caporal, Diego de Aguilar, mestizo, casado en Puruándiro.

Caudillo Francisco Julián, casado con María de la Candelaria, ambos mulatos libres.

Melchor, mestizo, casado con Juana, india.

¹⁸ Carrillo Cázares, Alberto, *Michoacán en el otoño del siglo XVII*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993, 440 pp.

¹⁹ *Ibid*, p. 375.

²⁰ Los Caporales de Santa Ana Amatlán, “Jarabe ranchero”, en: *Michoacán: sones de Tierra Caliente*, 8ª Ed., México, CONACULTA-INAH-Ediciones pentagrama, 2002 (1970), CD.

Joseph, lobo libre, casado con una india.
Pasqual de los Reyes y su mujer Nicolasa, los dos mulatos libres.
Mateo, indio, casado con María, mulata libre.
Nicolás de Cásares, negro esclavo, soltero.
Mateo García, morisco esclavo, soltero.
Diego de Aguilar, mestizo, soltero.
Pablo, mulato libre, soltero.
Pascual, indio, soltero.²¹

Costa y Tierra Caliente



²¹ Carrillo, *Alberto Michoacán...*, p. 375.

Incluso los pueblos de “indios” no pudieron evitar el mestizaje. En San Pedro Churumuco encontramos entre los “muchachos y muchachas de la doctrina”, a Francisco Mandinga y Miguel Mandinga, rodeados de apellidos en lengua de Michoacán.²² Es difícil dilucidar si se trata de afrodescendientes o de africanos; sin embargo, por “mandingas” entraron personas del gran grupo *Mande*, incluso *Fulas*, *Wolof* y otros pueblos vecinos del Sahel, al sur del Sahara, quienes arribaron en gran número en el siglo XVI y se redujeron en los subsecuentes.²³ Los pueblos de las praderas del Sahara dejaron hondas huellas en la cultura local, pues existen paralelismos en la ejecución de la *kora* (un arpa de 22 cuerdas) del Sahel y la manera en que se interpreta el arpa en los corridos de “hombres valientes”, en la percusión con las manos, por otro músico además del arpero, sobre la caja del instrumento en todo momento y el canto.²⁴

Seguía al sur la hacienda de El Rosario, cercana a Coahuayutla, donde vivía un mayordomo español, rodeado de vaqueros mulatos, lobos y algún esclavo:

Diego Joares de Grimaldo, su mujer Josepha de Cervantes.

Juan de Vañales, su mujer Maria de Cervantes.

Margarita doncella.

Nicolasa

Joan Gallegos, su mujer Pascuala

Juan Basques, su mujer micala

Joan de la Crus, su mujer María

Joseph lovo, su mujer Ana

Lorenzo de Medina, su mujer Ana

Nicolás Ureca, su mujer Ana

Joan esclavo, su mujer Mónica

Lorenzo, su mujer Micala

Solteros

Agustín

²² *Idem*.

²³ Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México*, 3ª, México, 1987, pp. 107-113.

²⁴ Chamorro, Jorge Arturo, “La herencia africana en la música tradicional de las Costas y las Tierras Calientes”, en: Agustín Jacinto Zavala, y Álvaro Ochoa (coordinadores), *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 415-448.

Nicolás Tinoco
Juan de la Crus
Juan Vaquero
Juan Vaquaro
Gaspar Bezuca
y no más.²⁵

En estos padrones de fines del siglo XVII se evidencia la conformación mestiza de la región. Hacía casi un siglo que los esclavos habían entrado en cantidad considerable a la Nueva España, habían llegado con su rica herencia y la habían colocado en la “olla podrida” del sincretismo cultural junto a la del Siglo de Oro español en la literatura y las artes. Este continuo intercambio de ideas provocó la creación de las “guarachas”, “chaconas”, y “zarabandas” mulatas novohispanas que embarcaron junto con los indios para aclimatarse en Europa.²⁶ Todavía no se conformaba plenamente nuestra identidad musical.

Es muy probable que, como sucede en la actualidad, en los ranchos de la sierra del sur, aunque dispersa, la población se conociera y reuniera en las fiestas de la región, el día de san Juan en Coahuayutla, San Miguel en Sinagua, San Pedro y la Virgen en Churumuco, y por supuesto para venerar al Cristo de Petatlán.

El invierno era la época de mayor trabajo y también la de las fiestas. Recogidas de ganado, feria en Acapulco, corridas y comedias en Valladolid se iban alternando desde octubre a Semana Santa y se esperaban con ansia en esa región apartada, entre la Costa y la Tierra Caliente.

²⁵ *Ibid.*, p. 473.

²⁶ García de León, Antonio, “El Caribe afroandaluz”, en: *La jornada semanal*, No. 135, México, La Jornada, 12 de enero de 1992, pp. 27-33. Carlos Hinojosa, “Michoacán cuna de formas musicales barrocas”, en el Seminario: *Temples de la tierra... Música del Tepalcatepec*, Morelia, El Colegio de Michoacán, 24-25 de junio de 2004. Robert Stevenson, “La música en el México de los siglos XVI a XVIII”, en: Julio Estrada (Ed.), *La Música de México*, Periodo Virreinal (1530-1810), Vol. 2, México, UNAM, 1986. Gabriel Saldívar, *Historia de la música en México (Epocas precortesiana y colonial)*, edición facsimilar de la de 1934, México, Gobierno del Edo. de México-FONAPAS, 1981. Antonio Zedillo Castillo, “La música como proceso de transculturación”, en: Luz María Martínez Montiel, y Juan Carlos Reyes (Eds.), *Memorias del III Encuentro nacional de Afromexicanistas*, Colima, CNCA-Gobierno del Estado de Colima, 1993, pp. 191-215.

Los hombres recogían el ganado, lo herraban y separaban para llevarlo a vender a Uruapan y Taretan, Valladolid y Toluca; tres o cuatro semanas arreándolo con vaqueros a caballo y mozos a pie.

No pocas eran las veces en que se quedaban varados dos o tres días en el Paso de las Vacas esperando a que bajara un río muy crecido. Azotados por la sarna, el calor y las alimañas.

¡Ay! Al fin la huina primero
el salsahuate enseguida;
¡Ay! la turicata a escondidas
sabe picar muy ligero.
El jején también, grosero,
Ay! de noche da su función,
y el zancudo una canción
Ay! canta con mucha alegría;
sea de noche o sea de día,
uñas, ¡ para cuando son!²⁷

Ya en los pueblos del centro del obispado los músicos les tocaban los días de fiesta, fuera en Uruapan, Pátzcuaro o Valladolid; había comedias, toros, procesiones cantadas, velaciones y fandangos en que distraerse, o bien se podía bailar unos “panaderos” o un “saranguandingo”, bailes prohibidos por la Inquisición y la decencia, pero no por la cadera y el gusto.²⁸

Ésa sí que es panadera
que no se sabe chiquear;
quítese usted los calzones
que me quiero festejar

²⁷ Villanueva, Rene, *Música popular de Michoacán*, México, IPN, 1998, p. 110. Raúl Eduardo González, *El valonal de la Tierra Caliente*, Morelia, Red Utopía -Jitanjáfora, 2002, p. 55.

²⁸ Martínez Ayala, Jorge Amós, *¡Epa! toro prieto...* p. 171. Jorge Amos Martínez Ayala (Coord.), “Introducción que quiso ser ensalada y termino en popurri” y “danzas afromorelianas: el sangüengüé, el saragüandingo y el tango”, en: *Una bandolita de oro, un bandolón de cristal...Historia de la música en Michoacán*, Morelia, SEDESOMorevallado, 2004, pp. 46-50 y 139-148.

Ese si que es panadero
que no se sabe chiquear
levante usted más las faldas
que me quiero festejar.²⁹

Tan poco caso le hicieron los vaqueros al “azote, mordaza y freno” de la Iglesia que podemos ver, en las sierras de la Costa y la Tierra Caliente, bailar *Los panaderos* con la misma instrumentación del pasado: guitarra de golpe, vigüela, arpa y violín; eso si, con versos morigerados.³⁰ La denuncia del baile atribuye su creación a una mujer de Valladolid; pero, más que el origen incierto en el Bajío, es de resaltar que, aprendido tierras arriba, fue llevado por los vaqueros a la Tierra Caliente y la sierra de la Costa a su regreso, y ahí se preservó.

La lejanía, lo malsano del clima y el escaso interés económico que representaba para la Corona desalentaron la inmigración a la región. Un detallado informe realizado por el cura de la Huacana en 1765, nos dice que: hay 1600 almas, la mayoría indios y mulatos.³¹ Aunque aparecieron nuevos centros de población, otros decayeron, la gente seguía dispersa en muchos ranchos y con una cantidad incierta para el sacerdote.

...en la Sierra Madre, otro nombrado Tumbiscatío, otro El Carrizal el que se halla pasada la dicha Sierra Madre, distantes treinta y cuarenta leguas del dicho pueblo en cuyos puestos no se el número de gentes que habita en ellos, los que jamás reconocen a esta parroquia, siendo madriguera, a causa de ser unas serranías intransitables, exentos a causa de que ningún juez entra a estos desiertos.³²

Coahuayutla tenía, según “tanteo y reconocimiento ocular” del cura: 26 indios casados, 7 familias de pardos y 5 de españoles, y de ahí hasta Zacatula “algunas pequeñas casitas de familias muy cortas

²⁹ González Casanova, Pablo, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, México, SEP, 1986, pp. 66-67.

³⁰ Cantados por don Martín Villano en una fiesta en el rancho El Guayabal, Mpio. de Buena Vista Tomatlán, 8 de mayo de 2003.

³¹ González Sánchez, Isabel, *El Obispado de Michoacán en 1765*, Morelia, Gobierno del Estado, 1985, p. 234.

³² *Ibid.*, p. 240.

y muy pobres”. La antigua villa de españoles había decaído tanto que sólo tenía tres familias de indios casados. A seis leguas está la hacienda de Acalpica que “no la gobierna su legítimo dueño porque la tiene dada en arrendamiento a varios sujetos, todos de color quebrado, que llega su número a más de 200 personas” y con 25 indios vagos casados, todos nahuas provenientes de la provincia de Motines. La hacienda de Tamaloacán, que fuera del capitán González Loys, tenía a tres matrimonios y sus familias como habitantes. En total 760 personas para un territorio enorme.³³

Ya para entonces se habían creado los “sonecitos del país”, e incluso se bailaban en los entreactos de los coliseos del país, haciendo oídos sordos a las recriminaciones inquisitoriales. Jarabes, gatos, chuchumbés, toros, palomos, panaderos, costillas y demás sones se tocaban en los fandangos, velaciones y hasta en misa. Música que se convirtió en “nacional” con la independencia.³⁴

El siglo XIX trajo cambios para los pobladores de las haciendas del sur. Después de irse con Morelos a tomar el puerto de Acapulco y guerrear por el sur de la Nueva España, con Galeana, con los Bravo y don Vicente Guerrero, se logró la “abolición” de castas en lo jurídico, lo que transformó a todos en rancheros terracalenteños y costeños. Tras la creación del estado de Guerrero, que tomó una tercera parte del territorio que nos ocupa, la jurisdicción de Zacatula se llamó la Costa Grande; ahí quedaron Coahuayutla y sus haciendas, que nada tienen que ver en lo geográfico con sus lejanos vecinos y sí con los que están del otro lado del río, no obstante las relaciones económicas, religiosas y de parentela se mantuvieron hasta el presente. Un buen ejemplo de la vida decimonónica en las riveras del río Balsas está en las descripciones literarias de *Un idilio a través de la guerra*, novela

³³ *Ibid.*, pp. 257, 259, 260, 61.

³⁴ Ramos Smith, Maya, *La danza en México durante la época Colonial*, México, Alianza Editorial-CNCA, 1990. Jose Roberto Sánchez Fernández, *Bailes y sones deshonestos en la Nueva España*, Xalapa, IVEC, 1988. Saldívar, Gabriel, *Op. Cit.*, 223-228. Ricardo Pérez Montfort, *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, “Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo”, 2ª, México, CIESAS-CIDHEM, 2003, pp. 15-29.

escrita por el lic. Eduardo Ruiz.³⁵ Sus descripciones costumbristas empiezan siempre por el aspecto físico de los personajes, pero no olvidan las fiestas y los versos;³⁶ incluso describe un viaje entre Puruantzitiro, hacienda cercana al río Balsas y Tecpan.³⁷

Aunque ya no “había” mulatos, o cuando menos la distinción legal de castas, los estereotipos sobre los afrodescendientes continuaron, pues una buena parte de estos seguían ahí.

Y como *quien fea ama, hermosa parece*, aunque Tula no podría llamarse una muchacha bonita, Pedro la describía, cantando:

Tiene mi prenda querida
sus chinitos en la frente,
parece caña florida,
sembrada en Tierra Caliente.³⁸

Intervenciones fueron y vinieron, asonadas, golpes militares, revueltas entre conservadores y liberales cambiaron a los grupos en el poder; pero hasta 1948 el manejo de las haciendas de la región no cambió demasiado. La explotación fue dura y larga. La gente de El Rosario, ahora llamado Barrio de Lozano, todavía recuerda a los últimos dueños, los Zapién. Pudieron librar la Revolución pero no el reparto agrario, y como bien dice don Marcial Flores, “ya que no hubo quien les hiciera los mandados se fueron a la chingada”.³⁹

El sistema de padrinazgo implementado por el capitán surtió efecto y aunque pasaron muchos años se mantuvo. Don Marcial, como todos los niños de la región, fue apadrinado por los Zapién: “todos éramos sus ahijados, porque ellos eran los que tenían amistades con los curas”.⁴⁰

³⁵ Ruiz, Eduardo, *Un idilio a través de la guerra*, “Obras completas”, tomo III, Morelia, Balsal, 1988. Quien toma el argumento de *Calvario y Tabor* del general Vicente Riva Palacio.

³⁶ *Ibid*, p. 82. “Todo el día se le vio estar entrando en la cocina, llevando copitas de catalán y de jerez. No era, ciertamente por ver a la novia, preciosa mulata, de ojos negros, de talle gentil, la cual estaba en el rincón más oscuro huyendo de los curiosos”.

³⁷ *Ibid*, pp. 175-190.

³⁸ *Ibid*, pp. 91-92.

³⁹ Entrevista con don Marcial Flores León, tocador de cajón, 26 de junio de 2004. Exhacienda de El Rosario, ahora llamada Barrio de Lozano, municipio de Coahuayutla, Guerrero.

⁴⁰ *Idem*.

El maíz y el ganado continuaron como ejes que regían la producción de la hacienda. Desde el siglo XVII el maíz se cultivó para alimentar al ganado en la temporada de secas. En una extensión tan dilatada y con escasa población los trabajadores disponibles eran pocos; así que, los nuevos dueños mantuvieron el sistema de peonaje por deudas para sujetar los brazos a la tierra.

Nosotros nos dedicábamos a hacerles los mandados a ellos. No nos dejaban tener ni siquiera un burro ¡Nada! porque ellos eran los dueños del terreno: — ¿Sabes qué? Les decían a nuestros padres. —No quiero ese animal, véndemelo o véndelo.

¿Y pa'onde te ibas? Donde quiera era lo mismo. Si te ibas aquí a Guzmán, a Coahuayutla, al Zopilote a donde te fueras era una hacienda y te ibas a hacer lo mismo. No tenías a donde irte.⁴¹

El Bajío continuó como mercado para la producción ganadera de la hacienda. El arreo seguía los derroteros coloniales, se cruzaba el río por el Paso de las Vacas para seguir en jornadas de sol a sol hasta llegar a la ciudad. Eso sí, las órdenes se suavizaban con la petición al “compadre”.

En ese tiempo venían gentes de Moroleón a comprarles a ellos. En ese tiempo se capaban los toros. Tenían muchos y decían:

– Hay que caparlos.

Venían gentes de Moroleón y decían:

– ¿Cuántos novillos quieres?

– No pus cuarenta o cincuenta.

– Pues es tanto.

Tenían bestias como si vieran sido hormigas. Todo esto era de ellos...

Les decían:

– Te voy a dar tanto por tus animales; pero me los pones en Michoacán.

Y luego decían:

–Haber compadre, présteme sus muchachos (ríe).⁴²

Don Marcial era de esos muchachos “prestados” que, sin sueldo, caminaban ocho o diez días para llegar a Ario de Rosales, cuando bien les iba, porque sino hasta Pátzcuaro o Morelia.

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem.*

Del otro lado del río, en lo que alguna vez fueran posesiones del mismo dueño, las cosas siguieron un derrotero semejante. Los ricos vivían en Pátzcuaro o en Morelia y las haciendas las manejaban los mayordomos, cuando llegaron las revueltas y quemaron los ranchos en Los Balcones de Ario, las familias que pudieron se fueron para arriba, los que no tenían nada, los peones se fueron a rodar por la Tierra Caliente, así llegó la familia de don Leandro Corona, de Urapa se fueron a Santa Cruz, en Turicato, de ahí a Churumuco y la Huacana, hasta terminar en Zicuirán en 1935, donde los agarró el reparto agrario.⁴³

En algunos lugares de la sierra ni se enteraron del agrarismo. Todavía en los 50's don Ricardo Gutiérrez padeció las bromas pesadas de los Caballero Valencia, quienes tenían su hacienda entre Arteaga y Tumbiscatío. Una vez que los asistentes al fandango ya estaban borrachos y dormidos les cambiaban las mujeres para hacerlos enojar; les rompían o quemaban las camisas y luego mandaban que le dieran una nueva en su tienda de raya; eso sí, traían su pistola para el que no entendiera sus “travesuras”.⁴⁴

Como en el pasado, las únicas diversiones eran las fiestas por la recogida del ganado y las bodas.

El *baile de tabla* se hacía cuando iba a haber una boda, pero necesitabas estar bien con los patrones. Ellos tenían todo, ellos eran dueños de todo. Tú eras un sirviente de allí de la hacienda te daban. Los músicos no cobraban nada, nomás el patrón le decía:

– Se le va a casar un hijo a mi compadre, vienes pa' que toques.

Y venían. Todos esos arperos eran sirvientes de aquí.⁴⁵

Los fandangos realizados para celebrar una boda o las *cuelgas* (santos y cumpleaños) eran y son el pretexto para reunir a los vecinos

⁴³ Entrevista a don Leandro Corona Bedolla, violinista, 98 años, Zicuirán, Mpio. de La Huacana, 26 de febrero de 2004.

⁴⁴ Don Ricardo Gutierrez, violinista, Arteaga, 23 de marzo, ha vivido y tocado por toda la región, pues aunque nació en Nocupétaro, residió en Apatzingán, Arteaga, La Mira y hasta Acapulco, para regresar a Apatzingán. Ha tocado del Ahuijullo, en Jalisco, al Naranja en Guerrero, de Lázaro Cárdenas y Zihuatanejo hasta Los Reyes y Uruapan. Conoce todo el repertorio del arpa grande de la Costa a la Tierra Caliente.

⁴⁵ Entrevista a don Marcial Flores León, 26 de junio de 2004, Exhacienda El Rosario, Mpio. de Coahuayutla, Guerrero.

de los ranchos dispersos en tan dilatada y agreste geografía. Los cohetes invitaban a todo el que los alcanzara a escuchar; desde los balcones de Ario, y no se diga La Huacana, acudían las personas a la fiesta. Alrededor del jolgorio se organizaba un pequeño tianguis con ropa, manufacturas, diversos productos y bebidas espirituosas; todavía hoy en día, las agencias locales de las empresas cerveceras pagan el vestido de novia, la música y el pastel de bodas a cambio de vender la bebida en la fiesta.

La música tradicional del Camino Real de la Costa, como la de otras regiones, pinta en su lírica

Cuadros de castas en coplas

¡Chinita del alma!
la mujer que quiere a un indio
no quiere a uno de razón;
le pasa lo de a las yeguas,
es mala comparación,
la yegua que quiere a un burro
ya no quiere al garañón.⁴⁶

En el fandango se produce un caos ritual que permite, en apariencia, romper la barrera de los estigmas. Blancos, negros, indios y chinos bailan, canta, comen y beben sin atenerse a jerarquías sociales, étnicas y laborales. El fandango establece una nueva valoración, la habilidad artística; ahora hombres y mujeres dependen de su destreza al tocar, al bailar, al cantar y al versificar para hacerse un lugar en la fiesta, en ese microcosmos social recompuesto.

Las coplas se convierten en metáforas de la vida del vaquero, en ellas el ganado es transformado, por los recursos poéticos, en seres humanos y con ello es posible decir lo que en la vida cotidiana se

⁴⁶ Juan Reynoso, "India", *Música tradicional de la Región de Tierra Caliente*, México, Ediciones Pentagrama, 2000, APCD 406.

queda en el pensamiento. De esta manera la copla es a la vez retrato y crítica del sistema de castas y de la vida colonial.

El cuervo con tanta pluma
no se pudo mantener.
El escribano con una
mantiene moza y mujer.

El cuervo con ser tan negro
relumbra más que la plata.
Las nubes suben muy alto
y el viento las desbarata.

Este topos que compara a lo negro y lo blanco, invirtiendo la preeminencia de los colores, está presente en muchas coplas.

De los tres colores que hay
el moreno es el mejor,
lo blanco se lleva el agua
y a lo colorado el sol.

La copla se convierte entonces en el discurso étnico de las castas y se propone, aunque sea al nivel mínimo de conciencia, el ataque a los argumentos discriminatorios y opresivos fundados en lo étnico que esgrime el estado español y la Iglesia.

Uy uyuy el cura de Cohauyutla
Uy uyuy ya no quiere confesar
Uy uyuy de miedo de la jiricua
Uy uyuy no se le vaya a pegar.⁴⁷

En el “programa” de la “reivindicación étnica” era muy importante revalorar la belleza del afrodescendiente y oponerlo a la estética colonial dominante. Lo *negro es bello* es una preocupación muy antigua, tanto como lo es el considerar bello el fenotipo caucásico.

⁴⁷ La “jiricua” o mal del pinto, estuvo presente en toda la región desde la época prehispánica y “manchaba” de negro, rojo, blanco y azul a los habitantes fueran de la “nación” que fueran, así que al mestizaje hay que sumarle este colorido en la piel.

Una negrita se enamoró.
Una negrita se enamoró,
de un joven blanco
que la engañó.

¡No llores negra.
No llores no!
Si se te fue tu amante ¡Mi vida!
y aquí estoy yo.

A que no adivina
¿Cuál de las dos es mi chata?
Esa de la frente china
y los aretes de plata.

Bonito san Juan de Dios,
quién estuviera en el puente,
en los brazos de mi negro
borrachita de aguardiente.

Es evidente que las “reivindicaciones” no fueron compuestas en un sentido actual, que muchas veces sólo invierten el racismo, o las escalas de valores.

Las inditas son de a peso,
las morenas de a tostón
las blancas son de a dos reales
y las güeras de pilón.
Que bonitas son las indias
cuando aman de corazón.

La mayoría de las coplas fueron creadas en ámbitos locales y con referentes contextuales; pero al correr por los caminos reales y por las barcas de los ríos, de la Costa a Tierra Adentro y de vuelta, hasta llegar a la tonadilla escénica de los coliseos coloniales y los sones del país de los teatros decimonónicos, se uniformó, sufrió cierta estandarización que le permite cantarse en grupos de sones de una región, y aún más, entre distintas tradiciones musicales. Sin embargo, es posible encontrar razones contextuales por las cuales ciertas coplas

y sonos permanecieron ligados a regiones geográficas, con una producción y amalgama social específica.

En las haciendas que venimos estudiando se baila una “chinela”, o “son de paños” (que no es una “deformación” de chilena), llamada así por la importancia que tiene en el Sahel y entre sus pobladores el zapato que suena -“la chancla”-, como la tienen los pañuelos que pasaron a América en muchas danzas.⁴⁸ La “chinela” sería el equivalente femenino del son “zapateado” o “ligerito” que sirve para que se luzca el bailarador.⁴⁹

Señora chica no vino
porque se quedo en el puerto.
Por ordeñar una vaca
ordeñó un torito tuerto.

No llores mi alma ¡mi vida!
No llores ya.
No llores mi alma ¡mi vida!
No llores ya.

Bonitas embarcaciones
que vienen de Panamá.
Bonitas embarcaciones
que vienen y que van.⁵⁰

Me pregunto si esa burla sería compuesta por alguno de los esclavos o de los mulatos vaqueros a una hija de “mi señora Marta”,

⁴⁸ Sobre los “paños” y “chinelas” véase: Fernando Ortiz, *Los negros curros*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1995, pp. 44-61. Chinela es un zapato femenino sin talonera, por lo que al caminar produce un sonido al golpear el talón con la suela.

⁴⁹ Tanto en Arteaga como en Coahuayutla, notas de Guillermo Contreras Arias al disco de acetato: *Música de la región planeca*, “Folklore mexicano”, Vol. IV, México, FONADAN; así como la reedición que hizo en el disco compacto: *Los conjuntos de arpa grande de la región planeca*, “Folklore mexicano”, Vol. IV, México, CNCA-INBA-CENIDIM, p. 7. Encarnación Vélez, Efraín y Raúl Vélez Calvo, “El Baile de Tabla de la Costa Grande de Guerrero”, en: Varios, *Pacífico Sur ¿Una región cultural?*, México, Coordinación Nacional de Descentralización-CNCA-Programa de Desarrollo Cultural del Pacífico Sur, 1997, p. 52. Entrevista a don Agustín Tapia, Arteaga, 1 de marzo de 2005.

⁵⁰ “La señora chica”, chinela, se canta y toca en Arteaga y Coahuayutla.

o de los dueños posteriores. Lo cierto es que en ella, como en muchas otras, se refleja la vida cotidiana del vaquero, sus gustos y sus pesares.

Hormiguita colorada,
hormiguita del hormigal
no me piques a mí
pícale a mi caporal.⁵¹

En lugares tan apartados y donde era difícil reunir un grupo de músicos con arpa y violín, el mulato vaquero de las haciendas copió el estilo “ejecutivo”, difícil, de los músicos del coliseo y sólo con su guitarra barroca, tocó lleno de retruécanos melodía y acompañamiento armónico, fuertemente percusivo y afroandaluz, en su guitarra barroca, que llamó de “golpe”.

Herederero de esos mulatos guitarreros nació don Tomás Andrés Huato, originario de la hacienda de la Luz, en Churumuco, muerto hace 20 años y con más de 90 años de edad.⁵²

Le dirás al caporal
que se venga por la orilla,
que en la puerta de corral
esta bramando la vaquilla.

Cantaba como, hace dos o trescientos años, sus ancestros en la misma tierra que nunca fue de ellos. Lamentablemente el estilo antiguo de tocar la guitarra de golpe ha muerto y el arpa grande sigue ese camino, se aleja del río y de la memoria. Ya no se toca en el “estilo Zicuirán”, y cuando mueran don Leandro Corona y don José Jiménez se perderá un legado imponderable, es inaplazable la recopilación de sus saberes de este y del otro lado del río. De lo contrario nos lamentaremos, como lo hicimos hace unos meses, al enterarnos que había un arpero ciego en Santa Cruz, Mpio. de Turicato, ya en la rivera del Balsas, que murió hace una década y que

⁵¹ “La hormiga” es un son de Zicuirán.

⁵² Rene Villanueva, notas al disco: *Cantos y música de Michoacán*, México, IPN-Ediciones Pentagrama, 1997, PCD 320.

